

# EL MÉDICO DE LOS ANDES

(FRACCIÓN SIN EDITAR)

POR: JUAN SANTA CRUZ TORREZ  
V.M. OM YEOWAMS OM



Faltando unos diez días para la noche de San Juan, los campesinos del lugar se ocupan como es natural de sus cotidianas labores, pero se dedican con esmero a recolectar Tola, yareta, ramas de arbustos o árboles secos, así como paja brava que van depositando en un lote cercado. Mujeres, varones y niños, sin excepción se dedican ritualísticamente a la preparación de un acontecimiento que de por sí concita la participación de todos. Se trata de la tradicional fogata de San Juan, la misma que dista enormemente de ser una más de las tantas encendidas con motivos tradicionalmente domésticos que se realizan todavía en algunos pueblos y aldeas del altiplano, sin embargo tiene alguna de sus semejanzas, ya que en esa noche, que tradicionalmente se considera la más fría del año, estarán reunidas las pocas familias de la comarca campesina entorno al fuego y en derredor de Jacinto. El día veintidós de Junio llegan algunos campesinos que tuvieron que trasladarse desde diferentes y distantes pueblos de los Andes Americanos los que son hospedados por todas las familias

del lugar, quienes les brindan no sólo el albergue, sino diversidad de platos eminentemente criollos. Destacan entre las decenas de peregrinos, le hecho de que algunos tuvieron que realizar verdaderos sacrificios para llegar hasta la casa de Jacinto. Una señora campesina de unos sesenta años de edad y con fuertes dolores producidos por una artritis reumática de muchos años, que apenas si podía mover sus miembros con dificultad, partió de su pueblo natal, Quito, los primeros días de febrero, y pudo llegar después de una larga travesía realizada casi exclusivamente a pie desnudo, soportando los diferentes cambios climáticos, y sus agudos dolores reumáticos... Sin dinero, sin calzados, sin documentos y sin comida, y llevando sobre sus hombros la terrible carga de su artritis. El objetivo de tamaño peregrinar era el de encontrar al médico de los andes, pues ella no tenía otra esperanza que la despertada por su anciana madre, quien le refirió algunas maravillas logradas por Jacinto. Según sus propias palabras, cuando ella desfallecía, ya por el hambre, solamente pensaba que debía seguir adelante hasta encontrar a su médico, y al poquito tiempo, alguien se compadecía de ella y le brindaba no sólo la humanitaria acción de "dar pan al hambriento", sino que incluso algún dinero y provisiones para que puedan servirle por unos días. Si se sentía cansada y sin fuerzas, tan sólo recordaba el objetivo de su largo viaje, y pensando en el enigmático curandero, obtenía fuerzas para seguir caminando. Muchas veces el calor y la humedad intentaron frenar su marcha, al igual que el frío y el viento, así como alguna "autoridad" fronteriza que buscaba una "coima". Durmiendo a veces en las grietas de algún cerro, a la orilla de un camino, o bajo el ala protectora de un árbol descansaba las oscuras noches, para luego continuar su camino, el mismo que cada día que pasaba le parecía más corto, diciéndose a sí misma, "Jacinto esta cerquita, cerquita... ¡Vamos vieja floja que Jacinto espera..! Llego al centro de la "plaza" al rededor de las cuatro de la tarde del día veintitrés, y fue atendida inmediatamente por las mujeres del lugar, quienes le brindaron agua y algún alimento, pero inmediatamente, hubo tomado un poco de agua y saciado su sed, y masticando unos motes, fue en busca de paja para atizar el fuego. Todavía tubo que caminar un par de horas hasta que deposito su carga de paja brava junto a la portezuela del corral que servía de depósito. Su aspecto era verdaderamente trágico... Su rostro revelaba las angustias y penurias que tuvo que vivir no sólo en su fatídico viaje, sino en su ya de por sí enferma y larga vida. Era tan sólo un

espectro vestido de harapo, pero en cuyos ojos se veía un brillo extraño y radiante que reflejaba su gran esperanza. Distinto caso no menos conmovedor es el de un indígena de "Tierra del Fuego", de unos treinta años, ciego, con los ojos purulentos, y sólo guiado por su niño de siete años de edad, quien realizo la interminable caminata, atravesando todo lo largo de la geografía Argentina, en un fatídico peregrinar que comenzó con el año nuevo y se prolongó por casi seis meses. Al verlos llegar, podía adivinar el doloroso drama por el que vivieron en su larga travesía, y no pude contener que mis ojos derramaran dos gruesas y ardientes lágrimas... ¡Habían sufrido lo indecible! Sin embargo en sus pálidos rostros brillaba una extraña luz, la que había avivado constantemente la voluntad de llegar hasta el Médico de los Andes, quien devolvería la salud y vista perdidas a ese joven hombre de las tierras olvidadas, así como la alegría de vivir a su hijo y demás familia. Todos los hombres y mujeres que llegaron hasta el pueblo de Jacinto, buscando aquello que se ha denominado "salud", eran indígenas y muy pobres... sus vidas estaban dedicadas a la simple existencia para satisfacer las necesidades básicas, desconociendo completamente los adelantos de la ciencia y los portentos de la civilización. No había entre ellos ningún "doctorcito", ni un personaje que podría autocalificarse de "clase media" o de ser un mestizo blancoide... ¡Todos eran indígenas de diferentes lugares del altiplano sur americano...! Algo digno de mencionar es el hecho, de que todos y cada uno de los visitantes, portaba consigo, un presente que irían a ofrecer a Jacinto. El frio viento que cruzaba el valle detuvo su ímpetu y todo quedo en una profunda e inquietante quietud... sólo interrumpida por el croar de algunas ranas o el tardío canto de un pajarillo. Era el momento adecuado para encender la fogata, la misma que siguiendo un extraño y breve ritual fue encendido por una de las "imillas" que oficiaba como "Ñusta" o "Sacerdotisa" del Fuego de San Juan. En una quietud propia de los valles andinos, se sobreponía el silencio de todos los circundantes. Nadie pronunciaba una sola palabra, todos estaban plena y totalmente mustios, concentrados en el fuego encendido. Yo permanecía al igual que todos, sentado a distancia prudente de la fogata, y esperando que en algún momento, viniese Jacinto, quien en las primeras horas de la mañana había partido rumbo al Lago. Se esperaba la llegada de Jacinto con anhelante tensión, la misma que crecía conforme pasaban los minutos y la fogata cobraba cada vez más paja brava y leños, y crecía... Un

instante cualquiera del silencio de la noche, alguien señaló hacia la oscuridad, todos los ojos se volvieron hacia el lugar señalado al mismo tiempo que en quechua decían "Es Jacinto..." "Jacinto ha llegado..." murmuraban con ansiedad los enfermos que se hallaban formando varias hileras en derredor del fuego. Unos momentos inquietantes, y por fin, estaba Jacinto entre nosotros... pero, nadie se levantó para saludarlo, los del lugar no se le acercaron, y menos los visitantes, quienes no podían sino, enmudecer de asombro ante aquél enigmático indio que vestido con un plateado traje, parecía brillar tanto como el fuego al que se acercaba. Todos contemplaban reverentes la ígnea figura, y en sus semblantes no se dibujaba el temor, sino más bien, una sonrisa de esperanza y de un amor entrañable hacia el hombre que todos conocían como el "Tata Jacinto". Se detuvo unos tres metros de la fogata, que había tomado la forma de una hoguera debido al constante atizar de paja, tola, yareta y leña. Dándose una vuelta ritual hacia quienes rodeaban el fuego, dirigió hacia ellos una mirada tan profunda, que pese a hallarse de espaldas al fuego, podía verse toda la omnipotencia y ternura de esos luminosos e ígneos ojos. Paseó entre los enfermos quienes muy respetuosamente, se inclinaban a él y tocaban sus pies o sus manos, mientras que Jacinto, ponía sus dedos sobre los hombros de unos, o acariciaba la cabeza de otros o unía paternalmente sus manos, mientras un silencio venerable se cernía sobre la pequeña comarca. Luego de que hubo tocado a todos los enfermos, se dio vuelta hacia la pira, y cruzando los brazos sobre su pecho, avanzó calmada y decididamente hacia el fuego, quien le tendió sus brazos y le ayudó a penetrar en él. Ni una exclamación de asombro escapó de los labios mustios de los indios, tal parecía que para ellos todo esto, formaba parte de su esperanzadas vidas. Jacinto... serena y pausadamente dejaba que las ardientes lenguas del ígneo elemento lo abrazaban apasionadamente, mientras al estilo de los sabios andinos asumía una posición mística. ¡Tata Jacinto estaba sentado en el centro de la hoguera...! Seguidamente, los encargados de atizar la hoguera, echaron buena cantidad de leños y paja que el vivo fuego apuro voraz y rápidamente mientras crecía vertiginosamente por unos instantes. Jacinto permanecía en el fuego, tal cual estuviese a las orillas del lago, tan fresco y radiante como un pez en el Titicaca y a la vez firme y sereno, vivo y radiante como un verdadero diamante. De rato en rato, la ígnea pasión no podía menos que acariciar esos negros cabellos que se movían cual si soplasen contra ellos un suave viento. Su rostro

impasible, sereno, radiante y moreno, no daba ninguna muestra de calor, y es obvio, menos de dolor y sus ojos vivos antes que mirar, penetraban profundamente en el alma de los presentes, y luego de unos minutos u horas, se cerraron, y Jacinto parecía un Buda Indio, sumido en la más profunda de las meditaciones, a quien ni la furia del fuego perturbaba. Un momento cualquiera, pude observar que Jacinto, ya no estaba sentado dentro la hoguera, sino que flotaba en el centro de ella, y de sí, dimanaba una luz muy intensa que hacía que el fuego pierda su habitual coloración ígnea y se vea más brillante, cual si se tratara de la luz del sol.\* El atizar la hoguera era casi constante, de tal manera que ella no perdía su gran luminosidad, más no por la cantidad de leña, paja, o tola, sino por la luz radiante que dimanaba de Jacinto. Así se continuó hasta el momento preciso en que los primeros rayos del sol dieron un matiz dorado a las albas y majestuosas cumbres del Illimani. Jacinto, estiro los brazos en cruz y poniéndose de pie camino fuera de la hoguera, y lo hizo tan risueño y tranquilo como quien saliese de haber tomado un fresco baño matinal se dirigió hacia mí, que me incorporé pesadamente, me miró con la profundidades de su vista cósmica, me abrazó... sentí en ese abrazo un calor tan intenso que parecía como si el mismo fuego de los cielos me abrazara, luego de unos instantes, tomando mi mano, me guió hacia la hoguera y suavemente me introdujo en ella... Una sensación cálida invadió mi cuerpo y sentí que antes que pisar sobre brazas de fuego, levitaba en un océano de luz que poco a poco me mostraba las maravillosas civilizaciones que se hallaban a los pies del Illimani. Fastuosas ciudades que se extendían a los cuatro puntos cardinales, así como un mar inmenso que besaba los pies de la Cordillera de los Andes. Estaba en la cima del Illimani, divisando a lo lejos la majestuosa Montaña Negra, y el otrora enigmático y poderoso Potosí. Minutos... horas... imposible definir el tiempo o el cuánto tiempo permanecimos en esas ignotas profundidades del eterno instante... Los enfermos permanecían en sus sitios, serenos, parecía que sus pensamientos se hubiesen detenido, sin embargo todo irradiaba energía, misterio, sol. Jacinto, empezó su tarea de médico y sacerdote. Acercándose a los enfermos, uno a uno, tomando entre sus manos la del enfermo, hablaba muy tierna y suavemente, como un dulce abuelo habla a sus pequeños nietos, y según los casos les daba las normas de conducta que debían seguir en sus vidas, aconsejándoles se alejen de todo aquello que sabe a fornicaciones, adulterios, ambiciones,

avaricia, envidia, odio, mentira, pereza, traiciones, borracheras, fiestas, abortos, peleas, etc., luego sacaba de su bolsa o morral, una serie de yerbas, jarabes, o extraños preparados que daba a beber, o aplicaba en forma de emplastos o cataplasmas, así como entregaba ciertas piedras y semillas para que las lleven en sus bolsas o en el cuello, y también algunos pequeños frascos que según me explicó contenían ciertas esencias conocidas como perfumes, así como diversa clase de cenizas y de plantas carbonizadas. Indicaba la forma en que debían proceder para lograr su curación y dándoles un abrazo los despedía fraternalmente. Otros enfermos, sin embargo, merecían una mayor atención, y les indicaba que permanezcan en el lugar para que reciban personalmente el tratamiento o curación. Una vez que hubo terminado de "atender" a todos los enfermos, se retiró silenciosamente seguido por la mirada de admiración y profundo respeto de todos los que participaron de este singular y extraño ritual. Los anfitriones, ayudados por sus mujeres y algunos de los visitantes, procedieron a separar buenas brazas del carbón encendido y preparar con ello un fogón para cocinar. La mañana transcurrió en las rutinarias labores de preparar un magnífico almuerzo consistente en papa cocida al calor de la tierra bajo el fuego, así como oca, haba, choclos, "llajua" o ají molido y mezclado con algunas yerbas y tomates que trajeron los visitantes, todo junto a magníficas presas de jugosa carne de cordero asadas al fuego, vale decir de la conocida parrillada de los pueblos andinos. La mayoría de los enfermos peregrinos descansaban en las casas vecinas, y otros ayudaban en la preparación de la comida, todavía. Compartía con ellos mi tiempo y sus actividades, pero, como nunca fui amigo de las trasnochadas, me sentía muy cansado por lo que opte por ir a descansar. Me dirigía a la casa de Jacinto dónde me hallaba hospedado, y casi al llegar, se abre la puerta y sale al umbral nada menos que Jacinto, quien muy respetuosamente me dice: ¡"Venga mi Maestro, venga a tomar su café caliente...! ¡Venga...! Jacinto había indicado a doña Conchita, la campesina Ecuatoriana, que junto a Martín, el Indio de Tierra de Fuego, y algunos otros enfermos, vayan a descansar, y así lo hicieron guiados por uno de los campesinos del lugar. Una vez que terminó con los visitantes de diferentes lugares, cuyas dolencias no les incapacitaban ni requerían mayores tratamientos personales, estos, como es natural, requirieron de sus consejos y explicaciones, los que les fueron brindados con toda paciencia y hasta muy entrada la noche. En algunos casos procedió a cierto tipo de

sencillas pero muy breves rituales de curación en los que imponía las manos, o efectuaba algunos pases magnéticos con la ayuda de ciertas plantas, y en otros casos, reprendía la conducta de sus enfermos, haciéndoles ver que sólo se curarían siempre y cuando sus errores sean enmendados, y no incurran en los mismos, ya que entonces las dolencias volverían con más fuerza. A otros les explicaba con más detalle, la forma de proceder en la aplicación de cataplasmas, compresas, fomentos, baños, así como que recomendaba una alimentación basada en los principios básicos de la nutrición conocida como naturista o vegetariana, aunque sin recomendar la ausencia de carnes, pero sí la exclusión de todo condimento a excepción del Ajo y del ají. Hacía siempre referencia a las grasas, aceites y mantecas fritas reiterándoles que debían evitar su consumo. Una de las recomendaciones generales que hizo fue referente al agua, la que indicó debía ser tomada con mayor frecuencia, y que diariamente debía de ingerirse entre dos y cuatro botellas. Así mismo hacía referencia a la limpieza, exigiendo que sus chozas o viviendas, debieran ser completamente limpias al igual que sus ropas y sus cuerpos. Recomendó evitar completamente el beber todo tipo de singanis, alcohol, cerveza y chicha, sea cual fuese la situación festiva o religiosa, explicando que las borracheras sólo conducen a la enfermedad, la pobreza, el vicio y el crimen. Les reiteró no olvidarse de la "Pacha Mama", de Wiracocha, de saludar siempre al Padre Sol y a la Hermana luna. Mientras Jacinto hablaba a su gente, a sus hermanitos, a sus hijitos, como él los llamaba, no sólo veía en él a un enigmático místico del Dios Sol, sino a un revolucionario, a un implacable luchador contra el vicio, la maldad, la explotación, y contra todos los instrumentos de dominación que ha establecido la ambición, la avaricia y maldad humanas. Algo que me llamo la atención de todos sus discursos, fue la recomendación clara y concreta, de que "cuiden sus pertenencias, sus corderos, vacas, gallinas, y todos sus animales, así como de sus cosechas y dineros, (y muy especialmente de sus hijas jóvenes, a quienes las buscan para convertirlas en "sirvientas") de la voracidad religiosa de curas y pastores que dicen venir a evangelizar a los campesinos, cuando en realidad sólo llegan a sacarles lo poco que tienen, a despojarles de sus tradiciones, robarles la honra a sus tiernas niñas, y luego de enseñar sonseras, se van para las ciudades a informar a sus patrones de todo lo que vieron en las diferentes comunidades campesinas que les toco estudiar, averiguar, recolectar datos, muestras del

suelo, de las plantas, de las piedras, minerales, tumbas, etc., a objeto de que un día, el menos pensando, aparezcan nuevos dueños que despojarán de sus tierras a los campesinos, se apoderarán de ellas, las cercarán con alambres cortantes, y echarán de sus tierras a todos los indios, quienes si quieren acercarse, serán muertos por soldados que cuidarán las propiedades de los nuevos "patrones", a quienes nunca se les verá su pálida cara, pero que desde lejos, exigirán que todo lo que tienen las tierras del valle, de los cerros y de las selvas, sean animales, plantas, árboles, minerales, y todo lo que de bueno encierra la Pacha Mama, les sea sólo para el beneficio y riqueza de los "gringos" y de sus compadres, mientras que el "indio", enfermo, hambriento, sucio, ignorante, pobre y sin familia, irá a las ciudad a morir en el abandono, el hambre y la enfermedad, cuando no gracias a la bala disparada por el fusil asesino que el cuartel entrega a nuestros hijos." "Los curas traen desgracia y los evangelistas vienen con mierda en sus bocas y la escupen en la cabeza de nuestros niños y el vientre de nuestras mujeres..." "No reciban en sus casas cura ni protestante que son el mismo demonio andante..." "¡Escapen del "doctor"...! ¡Huyan de sus "señoritas"...! ¡"El doctorcito es también un pobrecito con mierda en la cabeza y gusanos en su vientre...! "El doctorcito tiene hambre... Hambre, no de comida sino de dinero. El doctorcito tiene sed... Sed, no de agua sino de placeres." "Cuiden a sus hijas, cuídenlas del "doctorcito", que si no ha venido con sus "señoritas" enfermeras, si es "bueno" dejará a vuestras hijas muy bien preñadas, y se irá... Si es "malo" el doctorcito, no dejará nada, sólo el recuerdo de tres, cuatro o más abortos que las niñas sufrirán sin saberlo... "Si por algún motivo, ya por que les OBLIGA LA LEY, o por mucha necesidad, tienen que visitar a un "doctorcito", cuenten sus ojos, no vayan a quedarse con uno sólo, o sin ojos, o sin hígado, o sin matriz, o sin testículos o sin riñón. Más les vale morir de viejos sin ser "curados" por los doctorcitos, que vivir medio muertos, o existir más muertos que vivos gracias a las brujerías de los doctorcitos y a sus milagritos paridos por el demonio de las uñas limpias. Hermanitos de mi corazón: Tres demonios ha parido la diableja, tres bastardos sin sangre, sin espalda y sin sexo, y los tres y cada uno al terminar el día y al comenzar la noche se unen para sembrar sus maldades en el corazón de la gente." "No reciban en sus casas a los hijos de la diableja, no les den sino, mote y agua, e indíquenles el camino de regreso a su ciudad. "Los hijos de la diableja traen miseria, enfermedad y muerte." "Esos bastardos del vicio son los curas y



evangelistas, los doctorcitos, y los políticos." "Hermanitos... Hijitos... ¡Huyan de la gente de la ciudad...! ¡Huyan de aquel que les ofrece el cielo, la tierra, una mejor vida, o escuelas, pan y herramientas...! ¡Huyan de todo aquel que desprecia a INTI y a nuestra PACHA MAMA...! ¡Huyan de todos los viciosos, de los borrachos, de los fumadores, y de quienes tragan polvo blanco por las narices! ¡No se acerquen a ninguno de ellos, son víboras venenosas, pobres serpientes que se arrastran en la hedionda cloaca de los vicios, drogas, alcohol, dinero, política y religiones...! "¡Ay mis hermanitos...!! Ay mis hijitos... ¡¿! ¿¿Cuánto más sufriremos por habernos olvidado de la Madrecita INTI, de sus hijos y de sus mandatos!? ¿¿Cuánto..!? Tengamos paciencia... Paciencia... Que un día no muy lejano, nuevamente las Puertas de la Ciudad de Inti, recibirán los besos de las aguas del Sagrado Lago, regresarán sus hijos y establecerán una nueva ley, una nueva ciudad, y los antiguos Incas señorearán con su sabiduría y justicia la grande tierra de América. No habrá enfermedad, no habrá hambre ni miseria, no habrán doctores ni ladrones, religiosos ni viciosos, ni fusiles para matar al padre y al hermano Nuestros Templos de oro y plata, serán otra vez levantados, y el Dios Sol y nuestra Madrecita Inti, limpiarán toda lágrima de los hijos del indio y viviremos otra vez felices, trabajando nuestra tierra, compartiendo sus frutos con todos nuestros hermanos, y recorriendo el camino que nos llevará hasta la casa de nuestro primer Padre Manco Capac y de nuestra madrecita Mama Ocllu, quienes nuevamente enseñarán a nuestros pueblos, ese maravilloso conocimiento de sembrar las semillas del maíz, las semillas de la papa y las semillas del hombre. ¡Ahora váyanse..!. ¡Regresen a su casa...! Mi corazón los abraza con el mismo fuego de nuestro hermano Juan, y los iluminará y guiará sanos, seguros y salvos hasta la tibieza misma de sus casas. "¡Inti les protege...! Con estas palabras, comienza un nuevo ajeteo. Los campesinos se despiden unos a otros y al alejarse observan una vez más a Jacinto, quien sentado bajo un frondoso sauce mueve las manos en un amistoso "adiós". Los últimos matices del crepúsculo invernal son devorados por la majestuosa noche que muestra sus brillantes estrellas. Una fogata es encendida, y en derredor de ella son ayudados a sentarse los enfermos que todavía quedan en la estancia. En sus rostros se nota la ansiedad por ser atendidos por Jacinto, para así, sentirse liberados de sus graves enfermedades. Ya Jacinto está presente. Viste el mismo traje plateado que nos recuerda sin lugar a dudas, a las indumentarias sagradas de los

grandes sacerdotes del Tiahuanaco. Saluda nuevamente a todos los enfermos, los toca, acaricia sus cabellos a unos, a otros les toca el rostro, o toma entre las suyas esas cobrizas manos, e intercambia unas cuantas palabras en las que la emoción de los peregrinos es patente y a la vez controlada. Llega hasta donde me hallaba sentado... me pongo de pie, me extiende la mano al estilo convencional ciudadano y estrechó la mía en un apretón que antes que producir dolor, transmitía un calor tan intenso que parecía tener brazas de carbón encendido entre los dedos, era una sensación extraña para mí, así como su limpia y profunda mirada que sin embargo, parecía despedir llamaradas de fuego y calor; sin embargo era sólo su cálida y canelona mano. "¿Y tú que tienes mi Maestro...? Preguntó. ¡Oh, nada...! Sólo es cansancio... Estoy bien respondí. Agitó suavemente mi mano, dio media vuelta y se dirigió hacia Doña Conchita en quien su ansiedad y esperanza, se volcaron en gruesas y silenciosas lágrimas que brotaron de sus cansados ojos. - Ya has sufrido mucho hijita... ya has padecido bastante tus dolores, ya el frío ha secado tus lágrimas... ya... ya... - ¡Tata Jacinto...! fueron las únicas palabras de la anciana ecuatoriana y cayó de rodillas a los pies de Jacinto. - ¡Párate mi hijita...! ¡Párate...! La anciana trataba de incorporarse, haciendo todo lo posible que sus escasas fuerzas le permitían, hasta que lo logró sin el apoyo de su improvisado bastón. Jacinto permanecía en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, tal parecía que estaba orando o meditando. -Alégrate mi hijita, que tus males se están acabando, se van acabando... Dicho esto, colocó su mano izquierda a la altura de su propio plexo solar, sacó de entre sus ropas un objeto blanco, de forma redonda, más propiamente ovoide, y con la derecha comenzó a trazar una serie de movimientos circulares en derredor de la cabeza de doña conchita, descendiendo suavemente a la altura del cuello, posteriormente al pecho, donde siguió realizando sus movimientos circulares, primero cerrados y pequeños y luego abarcando mayor campo del pecho, ombligo y caderas, hasta que finalmente parecía envolver en una serie de movimientos circulares todo el cuerpo de la anciana, el que parecía desprender cualesquier cantidad de chispas de diferente coloración y más propiamente de una mezcla de color café y rojo, que incluso parecían chispas arrancadas sobre un fierro candente por efecto de un martillo de herrero... La anciana parecía estar envuelta en una especie de fuego muy extraño, mientras que Jacinto realizaba con todo brío los movimientos circulares en

derredor del cuerpo de la mujer, hasta que todo parecía haber terminado, no observándose nada extraño ni anormal durante los últimos ademanes que realizó, salvo un copioso sudor que bañaba el rostro de doña Conchita, así como que mojaba sus tristes harapos. Jacinto de pie, levanto su diestra y mostró el blanquecino objeto ovoide, que no era otra cosa que un común y corriente huevo de gallina, el mismo que seguidamente hizo rodar hacia la fogata, donde luego de unos segundos, estallo un seco estampido, semejante al de una explosión que propiamente desparramo los leños y paja del fuego, tiznando a los circundantes y casi apagando el fuego. Sólo Jacinto permanecía inmutable, sin embargo en derredor suyo y de la anciana había cualquier cantidad de huevo podrido desparramado, que por unos instantes inundó el lugar con un nauseabundo olor. La voz grave y a la vez tierna de Jacinto concentró mi atención en la anciana, quien de pie y con los ojos cerrados, permanecía en silencio. -Ya está mi hijita... ya estas sanita... Ya estás sanita... Ya estas sanita... La anciana abrió los ojos... parecían estáticos... parecía ver sin mirar su derredor, más que eso, se miraba a sí misma, se sentía a sí misma, su expresión denotaba el asombro de hallarse libre después de cuarenta años de cautiverio artrítico... Quiso encontrar a Jacinto, seguro que quería abrazarlo, besarlo, agradecerle ese milagro que allí el médico de los Andes había realizado, postrarse a sus pies, besar sus plateadas e impecables sandalias, pero él estaba ya abrazando a otro enfermo... Doña Conchita tomose las manos sobre el pecho mientras su mirada agradecida contemplaba a Jacinto, se deslizo suavemente entre las sombras y comenzó a caminar lentamente primero, luego apuro el paso, y pude ver que la anciana casi corría en derredor de la fogata, bailando como una chiquilla en su primera fiesta. Seguí emocionado la grande alegría que denotaba Doña Conchita, quien en unos minutos, había rejuvenecido unos treinta años, y en su alegría casi tropieza con Jacinto, quien la miraba sonriente y también feliz. La anciana estaba completamente curada, así lo entendió y mirando una vez más a Jacinto, corrió a sentarse junto a una piedra. Los del lugar parecían indiferentes a esta y otras curaciones, -seguro que las habían presenciado mil o más veces- pensaba, sin embargo, sus ojos brillaban al igual que sus sonrisas altioplánicas, mostrando la nivea alegría de ser partícipes de la vida que transmitía Tata Jacinto. La Inquietud de doña Conchita era clara. Ella, es obvio, quería sentirse una vez más plenamente sana, libre de todos sus achaques, y estaba allí, sentada, sin moverse,

observando a su médico, quien terminaba de hacer una otra curación de carácter eminentemente esotérico, pletórica de la magia que encierran los majestosos Andes. La Anciana parecía serenarse y poco a poco, estaba inmersa en la serie de acciones rituales que realizaba Tata Jacinto. Ahí estaba él, curando enfermos, con sistemas o métodos nada ortodoxos, pero con una efectividad tal que, es obvio, asombrarían hasta a los más escépticos. Alejado de todos y soportando el frío invernal se hallaba acurrucado un bulto grisáceo que de rato en rato movía la cabeza en un ademán de súplica o desesperación. Jacinto observó por unos instantes el amorfo montón de trapos y bayetas y dijo: -Hermanito... Hermanito... ¡Ven aquí...! ¡Acércate...! No recibió ninguna respuesta, por lo que volvió a insistir en el mismo tono, y unos viscos ojos brillaron entre los harapos, y el rostro parecía agitarse en convulsiones de frío y temor, sin embargo no se movieron sus pies ni sus manos. Jacinto se acercó, hablando siempre muy cariñosamente, logró hacer que los esquivos ojos se fijarían de frente en él y mostraran un rostro desfigurado casi totalmente, y las ondulaciones luminosas del fuego hacían ver más dramática y trágica la persona que parecía más una aparición de media noche que un ser humano. -No te apenes hermanito, no te apenes... ¡ven...! ¡Ven...! ¡Acércate al fuego...! ¡Caliéntate...! Jacinto extendió sus manos. Temerosa y lentamente de los harapos de la sombra surgió una mano descarnada, que mostraba sólo costras y heridas nauseabundas, de lo que antes pudo haber sido piel... Una fea impresión me causó cuando la huesuda mano que parecía realmente la de un espectro escapado de la tumba se apoyó en Jacinto... Ayudado por él, la siniestra sombra se paró no pudiendo evitar que el sayal que cubría su cabeza cayese a los suelos, y... tenía Jacinto unos restos de alguien... ¡La lepra había tenido un macabro festín...! De lo que antes pudo haber sido un hombre quedaba sólo una piel lacerada casi totalmente, y que parecían cubrir a un cadáver en pleno estado de descomposición... Del rostro sólo quedaba un par de sanguinolentos hoyuelos por donde asomaban un par de ojos posiblemente ciegos... La nariz ya no era tal sino una llaga y los labios habían desaparecido para mostrar unos dientes carcomidos... Nadie se inmutó cuando Jacinto tiernamente lo abrazó. Muy suave, lentamente, lo acercó al fuego... desgarró sus harapos hasta dejarlo completamente desnudo. Acto seguido cruzó su brazos sobre el pecho, duro unos instantes en un inquebrantable silencio y procedió luego a efectuar unos enérgicos movimientos

sobre la cabeza del leproso, continuo sobre el rostro, los hombros, los brazos, el pecho, el vientre, las piernas, los pies, el cuello, los hombros otra vez, la espalda y finalmente unos intensos y rápidos movimientos ascendentes a lo largo de la columna vertebral. Poco a poco fue tomando consistencia una luminosidad dorada y de forma ovalada que cubría el cuerpo leproso y que a la vez se proyectaba como unos dos metros más allá de las formas normales, y fue cuando Jacinto, parecía sacar cualquier cantidad de un "algo" que se hallaba en las entrañas del leproso, y arrojaba al fuego, el mismo que se avivaba momentáneamente como si hubiese recibido un trozo de esponja empapada en algún combustible. Luego de varios minutos de constante extracción de ese "algo" enraizado en quién sabe dónde, Jacinto cogió con sus propias manos, las cenizas calientes de la fogata y con ellas comenzó a frotar el cuerpo del enfermo, quien daba alaridos de dolor al contacto con las ígneas partículas mezcladas en la candente ceniza, y se sentía en el aire un nada agradable olor a carne chamuscada. Cuando el baño de ceniza caliente terminó, Jacinto pidió que le acerquen agua y unos ponchos. Casi inmediatamente se le proporcionó lo que pedía, y cogiendo uno de los ponchos lo introdujo en uno de los cantaros y luego lo sacó prácticamente chorreando de agua y con ello envolvió el cuerpo del enfermo, al que levanto en sus brazos cual si fuese un niño y se introdujo en el fuego... En pleno centro de la fogata estaba parado Jacinto, teniendo en sus brazos al leproso, quien apenas si parecía moverse, pese a que las llamas habían prendido en el antes mojado envoltorio... Fueron segundos... minutos... ¡¿Quién sabe...?! que permanecí perplejo ante la insospechada sucesión de los acontecimientos... Salió Jacinto del fuego y deposito su vaporosa y humeante carga en tierra. Descubrió al individuo enfermo, lo desenvolvió completamente y pude ver que lo único que quedaba, era una costra negra que cubría todo lo que antes podía haber sido el leproso, luego con rapidez asombrosa vació el contenido del cántaro de agua fría sobre el desnudo cuerpo. De pie y levantando en alto sus brazos, dirigiéndolos hacia la noche, multitud de haces luminosos que venían quien sabe de dónde, penetraban por las manos de Jacinto quien parecía musitar una oración, luego entonó un delicioso canto que decía "... Inti... Inti... Inti..." y bajó los brazos hasta cruzarlos sobre su pecho, después extendió su diestra, y colocándola por encima de la enferma cabeza, parecía depositar todo un torrente de luz y fuego que circundaban formando un maravilloso grupo

de remolinos energéticos y luminosos que poco a poco fueron, literalmente, introduciéndose por la cabeza, la frente, la garganta, el pecho, el vientre, el sexo, la espalda, las piernas y los pies. Lo que sucedió a continuación es simplemente algo sobre natural, inaudito, misterioso, maravilloso... Los descarnados huesos comenzaron a cubrirse de nuevos tejidos, los purulentas llagas a secarse hasta ser totalmente cubiertas por nueva y sana piel; la nariz, prácticamente destrozada por la lepra, fue generándose al igual que los dientes y labios, así como toda la piel de su rostro, de sus orejas, y es obvio, sus ojos también recobraron su vivacidad y lozanía... Lo que minutos atrás era un andante cadáver en putrefacción, ahora, está pletórico de vida, salud, belleza. ¡Se había producido un verdadero milagro...! Jacinto como es natural, ya lo había presenciado, no mostraba signo alguno de asombro, su serena sonrisa no mostraba la más mínima fatiga, y su majestuoso porte impecable, demostraba claramente no haber sufrido la más leve quemadura, no haberse chamuscado los cabellos, ni de haberse salpicado siquiera con una gota de agua; es obvio, estaba en presencia de un milagro vivo, sin embargo, Jacinto pidió agua, la que se le brindó inmediatamente y apuró su contenido. Parecía tener sed. A continuación le tocó el turno a un individuo bastante delgado, flaco, quien parecía un despojo de piel y huesos pronto a sucumbir. Su aspecto también era impresionante, de muy pocos cabellos que ante todo parecían simples telarañas partidas y apenas cubriendo una cabeza casi calva con diversidad de llagas purulentas y costras abiertas distribuidas por casi todo su rostro, manos, piernas, y el cuerpo entero. Temblaba constantemente y pese a sus convulsiones no podía ni quería ocultar un malestar muy doloroso en sus genitales, los mismos que supuraban copiosamente. Estaba casi ciego, medio loco y su único alivio a tanto sufrimiento era -según el mismo lo manifestó- la muerte o las "artes" de Jacinto. Era uno de los tantos casos de Sífilis en los que la terrible legión de espiroquetas microscópicas, se había hecho resistente a los mejores y poderosos antibióticos de la ciencia moderna. Él era un hombre de unos treinta y cinco años, hijo de indígenas, quien siendo un niño todavía tuvo la suerte de ser llevado a la ciudad de La Paz como peón y, o sirviente de un profesor rural, quien un tanto asombrado por la vivacidad de su protegido cuidó que recibiese por lo menos la educación primaria completa, pero que se proyectó hacia la educación secundaria de donde egresaría con su título de Bachiller y luego buscaría la Politizada

Facultad de Leyes para incursionar en la carrera política... A la vez era un inquieto y próspero comerciante que no sólo absorbía para sí el fruto de sus ganancias, sino que velaba por sus padres especialmente, por su tutor y padre adoptivo, así como por muchos indígenas y desamparados que él socorría sin fijarse en gastos o apariencias. Estaba cursando su cuarto año de derecho cuando los desvaríos festivos propios de la juventud lo llevaron a una "rotonda" donde sin saber cómo ni con quien incubo en su sangre el terrible mal social y cuyos síntomas no pudieron ser abortados pese a la intervención de prestigiosos especialistas no sólo nacionales sino del exterior. Todo fue inútil, y el antes potencial abogado, líder político y brillante estudiante de leyes, estaba al borde de la locura o del suicidio. Fue en ese estado, incapaz de hacer algo por sí mismo y peor, es obvio, por los demás, tal cual era su sueño, sintiéndose tan sólo un despojo humano, una lacra social, un peligro viviente, que se decidió ir a morir a la tierra de sus mayores, a uno de los rancharíos cercanos al Lago Sagrado, donde una ancianita vivaz y ágil como vicuña, su abuelita, sembró en él la esperanza de su vida: ¡Tata Jacinto...! Estudiante universitario, que para la curación de su enfermedad había recibido tratamiento médico de las mejores lumbreras científicas de Córdoba y Buenos Aires, no podía creer que un "curandero ignorante" elimine de su organismo la tan desesperante enfermedad; sin embargo, la vitalidad de la "viejita", así como el requerimiento insistente de que vayan a visitar a Jacinto, y su propia desesperación, evitaron el suicidio y decidió seguir los consejos de la anciana, quien pidió a Jacinto el favor último de su vida, el de sanar a su enfermo nieto. Y ahí estaba... el "enfermo social más enfermo del mundo", y el hombre quien podía restaurar la salud en ese guiñapo humano. La anciana indiecita que lo acompañaba, al estar frente a Jacinto, cayó de rodillas y se abrazó a sus pies, y en tono desesperado, entre sollozos convulsivos se dirigía a Jacinto, diciéndole: "Tata Jacinto... cura a mi hijito, cura a mi huerfanito... Es lo único que tengo... cúramelo... cúramelo... ¡Cúramelo Tata Jacinto...! Calló de improviso la anciana y limpiando su rostro y mirando a Jacinto quien no había articulado una sólo palabra, le dijo todavía: "Lo sabía Tata Jacinto... lo sabía... Lo sabía... Nuestro Dios te lo pague...", y se apartó dejando a su nieto y a Jacinto solos junto al fuego. Jacinto miró al enfermo por unos instantes y se dirigió a un corral cercano de donde trajo un hermoso cordero, el cual colocó suavemente al lado del sifilítico... De cuclillas frente al cordero le

hablaba cual si fuese una persona, un alguien muy familiar y muy querido, de la siguiente manera: -Hermano corderito, hermanito, hermanito menor... ¿Quieres prestarle tu vida y tu salud, quieres darle tu juventud y tu orgullo a este nuestro hermanito que se halla muy enfermo y que está por morir? ¿Quieres tú ser su salvador? -Hermanito, corderito hermano, ¿quieres darle a este nuestro hermanito enfermo tu salud y tu vida, y recibir a cambio sus dolores, su enfermedad, y... recibir también en su lugar la hermana muerte? Luego de un breve silencio, la quietud de la noche fue rota por un sonoro balar del hermoso cordero, el que parecía decir: "¡Sí quiero... sí quiero... sí quiero...!" -"Móntalo..." ordena Jacinto al doliente enfermo, quien no podía entender. -"Móntalo..." nuevamente dijo Jacinto, y pesadamente la sífilis galopante montó el niveo cordero... Todos callaron, y pareciese inclusive que los leños y pajas al arder dejaron de crepitar cuando Jacinto colocó sus manos sobre la cabeza del cordero y sobre la del enfermo, alternativamente... Ni un suspiro de la noche, ni un respirar de la gente, parecía que todo se había detenido, que todo estaba en un tremendo suspenso... De pronto las llamas se avivaron sin que nadie atice paja y se rompió el silencio con unos dolorosos y agonizantes balidos que parecían decir: "¡Hecho está ya... ya... ya...! El magnífico cordero alvino cayó sobre sus quebradas patas, y los estertores de su agonía hicieron brotar no sólo mis lágrimas, sino también de los asistentes. La transformación que operó el noble ovino fue rápida y escalofriante... Su antes blanca lana fue cayendo y convirtiéndose en polvillo plomo, a la vez que en el cuerpo ovejuno de abrían unas grietas purulentas y se llenaba de horribles costras, el vientre se le hinchaba, se retorcía la boca y los dientes saltaban al igual que los ojos, que colgaban fuera de sus órbitas, finalmente un sonido secó seguido de un terrible y nauseabundo olor nos hace ver que el vientre del animal ha explotado y escuchamos un postrer balido de Adiós. ¡El Cordero ha muerto...! Jacinto, quien en su rostro canela muestra dos gruesas lágrimas recoge el cadáver del noble ovino, lo empuja hacia las llamas de la fogata y lanza al fuego un grueso manojó de paja brava... Se dirige luego al asombrado universitario y le dice: - "Deja que el fuego consuma los últimos recuerdos de tu mal..." Acto seguido ordena se quite sus ropas y las queme en el fuego, cosa que es hecha inmediatamente... El joven cuerpo quedaba al desnudo... y maravillado el minutos antes enfermo, no cabía en sí de alegría al observar a la luz del fuego, como su cuerpo había sanado completamente, que no



habían costras ni llagas purulentas, los terribles dolores habían desaparecido completamente y que todo en el estaba limpio, saludable... Salvo su cabello que había desaparecido completamente al igual que los vellos de su cuerpo los que se poblaron normal y completamente en el curso de los dos días siguientes. Cerca de la media noche, una brisa helada que de improviso sopló, rompió la quietud del valle, el mismo que comenzó a susurrar lúgubrementemente al agitarse las ramas con el viento que a cada instante cobraba mayor fuerza. Se desato en pocos minutos un violento ventarrón que amenazaba con apagar la hoguera, ya que su fiereza empujaba los leños, tolas y pajas, dispersándolos. La rápida intervención de los indígenas, quienes colocaron pesados troncos en derredor de la hoguera, evitó que ésta se apagara. Un desgarrador aullido semejante al de mil perros hambrientos se impuso al temporal, pero era, no el lamento de zorros hambrientos o de perros heridos, sino, sino, una garganta humana que profería aterradores gritos al mismo tiempo que daba unos saltos espeluznantes, caía sobre su cabeza y con inaudita furia rasgaba sus ropas, sus propias carnes y su rostro, así como embestía furiosamente contra quienes intentaban sujetarlo. Más de veinte hombres, quedaron maltrechos al tratar de agarrarlo, tal parecía que mil demonios habrían encarnado en un miserable cuerpo, el mismo que a cada instante se hinchaba más y más, y adquiriría una fiereza y furia propia de los más profundos infiernos que pugnaban por hacerlo reventar. Quién sabe cuál hubiese sido la suerte de los campesinos ante la furia de semejante monstruo, de no ser por la intervención de Jacinto, quien, acercándose a la humanoide bestia, y modulando bellamente su voz, cual si entonará una canción, decía: "¡Ay...! Hermano, hermanito, hermano, mira la luna que esta chiquita, mira el cielo y sus estrellitas, y el fuego que está en tu mano. Ante esas palabras, la furia animal pareció inflarse más aún, y con unos desorbitados ojos, y con salvaje mirada, y gruñendo cual simio herido, avanzo amenazante hacia Jacinto... Alzó el monstruo sus brazos como para abrazar a Jacinto, pero en esos instantes, una de las manos que antes que humanas parecían verdaderas garras animales, se vio envuelta en una intensa llama de fuego, la misma que fue propagándose por todo el cuerpo, a la par que se escuchaba toda clase de obscenidades y amenazas que brotaban de la antorcha humanoide. Poco a poco el fuego fue apagando la vida fantasmal hasta que sólo quedó un maltrecho, deforme y carbonizado cuerpo. Jacinto se arrodillo junto a la negra,

humeante y espectral cabeza que mostraba claramente los huesos descubiertos y los vidriosos ojos que parecían agitarse en sus cuencas todavía... De rodillas y con las manos en alto musitaba Jacinto algo que parecía una extraña y aguda plegaria mántrica, finalizando la misma con la invocación a Inti, que terminó cantándola de la siguiente manera: IIIIIIIIIINNNNNNNNNNTTTTTTTTTTTIII IIIIIII Acto seguido extrajo de entre sus ropas una especie de cantimplora la que al ser destapada dejó escapar un vapor luminoso. Vertió Jacinto en su mano derecha el también brillante líquido y comenzó a friccionar el carbonizado cuerpo, desde la cabeza, por delante y por detrás, y así hasta llegar a sus pies y cubrirlo totalmente con extraña substancia fluorescente... y el amorfo cadáver comenzó rápidamente a perder sus carbonizadas carnes y estas a transformarse en lozanos y limpios tejidos, hasta que al final, sólo quedaba a los pies de Jacinto, el inerte cuerpo plateado de un joven aborigen que brillaba con extraños resplandores a la luz de la luna y de las llamas de la hoguera. Jacinto, de rodillas, parecía orar en silencio o meditar... Lentamente levanto nuevamente sus brazos hacia el cielo, y en instantes que parecía recibir terribles energías cósmicas y telúricas, fue violentamente lanzado por los aires y su cuerpo fue a estrellarse estrepitosamente contra unos cántaros de agua al mismo tiempo que la noche se cubrió de espesa y negra niebla que prácticamente impedía ver lo que ocurría, sin embargo, pude distinguir que casi todos los campesinos, se hallaban en sus sitios, sin moverse, aunque en alguno pude ver una expresión de terror que se dibujaba en sus ojos y boca abiertas. Los gritos obscenos, las maldiciones, imprecaciones y amenazas provenían de todas partes, de entre la niebla, la tierra, así como una indefinible gama de terrible griterío lastimero, de llantos quejumbrosos y de suspiros interminables... todo acompañado de rocas, piedras, ramas de árboles, animales muertos, restos de osamentas, etc., que caían por todas partes... ¡Todo aquello parecía haber sido devorado por los mismos infiernos y no había cuando acabe...! Todo era una especie de gelatina negra que se hubiese desparramado por los campos, cubriéndolos de hollín denso, y parecía que la hoguera antes magnífica se había reducido a una insignificante llamita, o que estaba muy distante de nosotros... La furia del griterío era insufrible, y propiamente tenía características de ensordecedor, más, poco a poco, se escuchaba en el ambiente una dulce voz que suavemente cantaba: IIIIIIIIIINNNNNNNNNNTTTTTTTTTTTIII IIIIIII la misma que fue

tornándose más y más clara y fuerte, y conforme esto ocurría, también la claridad de la noche se hacía más notoria hasta que por fin, sólo flotaba en los aires el dulce cántico, habiéndose desvanecido completamente todo vestigio de aquellas manifestaciones de ultratumba o de ataques malignos en contra de Jacinto, quien sereno y sin prisa alguna, procuraba hacer beber algo al antes carbonizado indiecito, quien abrió los ojos, y suavemente los brazos cobrizos se extendieron hacia Jacinto en un gesto de agradecimiento. ¡Estaba liberado...! Al fin se veía libre -conforme se me explico posteriormente- de unos terribles brujos que en anteriores vidas, se habían apoderado de él, y que en varias y sucesivas existencias, lo habían tenido esclavizado totalmente, y lo habían preparado con una y mil malignas artes, precisamente para acabar con Jacinto. Durante varias encarnaciones Jacinto había sufrido los terribles ataques de siniestros acólitos de las sombras poseyendo al incauto joven quien a cambió del amor de una joven, entregó su vida, sus cuerpos y su alma, a una cofradía de purpura y escarlata, en antiquísima sesión metapsíquica que en la actualidad sería muy rústicamente conocida como cristianismo carismático y mediumnismo o espiritismo. Jacinto abrazó efusivamente al joven, quien a indicación de su salvador, se sentó en una roca cercana al fuego. Jacinto se veía radiante, sin embargo, pude claramente distinguir una mancha de sangre a la altura del hígado... Él estaba herido, sangraba, sin embargo, seguía su trabajo como si nada hubiese pasado. Volvió la calma, sintiéndose sólo el silbido suave del viento andino, así como el crujir de algún leño que se rendía a la potencia del fuego, continuó Jacinto su laboriosa "noche de milagros". Los primeros rayos del sol nuevamente despidieron las sombras de la noche, y Jacinto, saludando el amanecer del nuevo día, dirigió a todos los asistentes un haz de luz que dimanaba su corazón, de tal manera que, podíamos sentirnos envueltos en un agradable calor que contrastaba con el frío matinal. La noche había sido larga y llena de misterios. El misterio de la salud había sido entregado por Jacinto a todos y cada uno de los peregrinos, quienes pletóricos de alegría, no cabían en sí de gozo, al mirarse a sí mismos, completamente sanos, sin vestigio alguno de la enfermedad, y su alegría era tal que, al mirarse unos a otros, y al referir cada uno sus respectivas historias, era imposible aceptar a la luz de la razón, que en tan sólo unos minutos o unas horas, hayan sufrido una total transformación en sus cuerpos y en sus almas. La sencillez característica de los

campesinos, no ocultaba las emociones que embargaban el corazón de aquella gente cuya piel canela, irradiaba salud y felicidad, así como un agradecimiento sincero hacia el enigmático curandero, quien para ellos era no sólo su médico, sino su sacerdote, su Inca... ¡El descendiente directo de Manco Capac..! ¡La reencarnación viviente del primer Inca, del Inca Manco Capac...! Es obvio que el común de esta gente, nada sabía de la filosofía orientalista de la reencarnación, simplemente estaban seguros de que Manco Capac había vuelto a nacer, que Manco Capac, su padrecito, era simplemente Jacinto... y en ninguno de ellos cabía la duda: Manco Capac, el hijo de Inti, era quien les había devuelto la salud y la vida. Jacinto parecía ajeno a mis averiguaciones, y conversaba amablemente con quienes ahora, ni siquiera recordaban sus dolencias... Ya el sol del medio día nos bañaba con sus vitalizantes rayos, y la generalidad de peregrinos, se disponían a regresar a sus lugares de origen, pero, uno de los líderes campesinos, les pidió que antes de irse, diesen gracias a Inti y que esperasen por la comida que ya la preparaban los encargados. Jacinto se deslizó discretamente hacia su casa, mientras, todos los asistentes hicieron un grande círculo en derredor de la todavía humeante hoguera, y sentados conforme a su tradición, levantadas las manos a la altura de sus hombros y con sus palmas orientadas hacia arriba, todos y cada uno de los asistentes, en su propio lenguaje, en sus propias palabras, muy suavemente parecían dirigir una plegaria hacia el astro rey, y en un momento u otro, en el que pretendía por mi parte, tratar de escuchar lo que musitaban, sólo podía entender que repetían frecuentemente: "Inti... Inti... Inti..." Había tenido y vivido tantas experiencias en mis constantes recapitulaciones esotéricas, sin embargo, todavía estaba asombrado al ver la maravillosa transformación que se había operado en la gente... Dos días atrás, todo era un cuadro de sufrimiento desgarrador y de terrible dolor, de ayes y llanto por doquier...